

ONÉSIMO DÍAZ

DE LEÓN XIII A LEÓN XIV

QUÉ HA HECHO LA IGLESIA
POR EL MUNDO DESDE 1878
HASTA LA ACTUALIDAD

Un recorrido claro y revelador por lo que la Iglesia
ha aportado al mundo del último siglo y medio.



SEKOTIA

ONÉSIMO DÍAZ HERNÁNDEZ

De León XIII a León XIV

*Qué ha hecho la Iglesia por el mundo
desde 1878 hasta la actualidad*

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© ONÉSIMO DÍAZ HERNÁNDEZ, 2026

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2026

Primera edición: marzo de 2026

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA

Editor: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN

Maquetación: HELENA MONTANÉ FRANCO

info@almazaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz

ISBN: 979-13-87812-50-8

Depósito legal: CO-41-2026

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

A mi familia

*«Mi abuela siempre decía que cuando nos
resulta difícil ver con claridad el futuro hay
que pensar qué podemos aprender del pasado».*
(Ypi 2023: 39).

Índice

INTRODUCCIÓN.....	11
IGLESIA, POLÍTICA, SOCIEDAD Y CULTURA.....	15
1.1 DE LAS DICTADURAS A LAS DEMOCRACIAS.....	17
1.2 EL PROCESO DE SECULARIZACIÓN EN OCCIDENTE	33
1.3 EL PAPEL DE LOS INTELLECTUALES.....	40
IGLESIA, TERRORISMO, GUERRA Y PAZ.....	51
2.1 TERRORISMO Y RELIGIÓN.....	51
2.2 GUERRA Y RELIGIÓN.....	59
2.3 PACIFISMO Y RELIGIÓN	79
IGLESIA Y DERECHOS HUMANOS	89
3.1 DERECHOS HUMANOS	90
3.2 DERECHO A LA LIBERTAD RELIGIOSA	100
3.3 DIGNIDAD	105
IGLESIA Y LIBERTAD.....	111
4.1 CONCILIO VATICANO II Y REVOLUCIÓN DEL 68	112
4.2 DEMOCRACIA Y ENSEÑANZA DE LA IGLESIA.....	134
4.3 SECULARIDAD COMO VALOR CRISTIANO	140
IGLESIA Y TRABAJO	145
5.1 DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA Y TRABAJO	146
5.2 OPUS DEI Y TRABAJO	154
5.3 TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN	161

IGLESIA, MUJER Y ECOLOGÍA173

6.1 IGLESIA Y MUJER.....174

6.2 TEOLOGÍA FEMINISTA Y TEOLOGÍA DE LA MUJER..... 187

6.3 ECOLOGÍA: EL CUIDADO DE LA «CASA COMÚN»..... 192

EPÍLOGO199

BIBLIOGRAFÍA207

INTRODUCCIÓN

¿Qué papel ha jugado la Iglesia católica en el mundo actual? ¿Qué han escrito los papas sobre la democracia y las dictaduras, la libertad y los derechos humanos, la guerra y los procesos de paz, la ecología y la mujer? En estas páginas trato de contar qué ha dicho y qué ha hecho la Iglesia en la cultura, la política y la sociedad del tiempo presente y, por tanto, de ver qué papel ha jugado la Iglesia en los últimos ciento cincuenta años, desde el pontificado de León XIII hasta la elección de León XIV.

El concepto de mundo actual utilizado en este libro se refiere al estudio del pasado reciente en un sentido más amplio del empleado por la historiografía, es decir, no solamente veremos los grandes acontecimientos desde el final de la Segunda Guerra Mundial, sino que también descenderemos a sucesos históricos antes y después de la Primera Guerra Mundial. Así pues, no es una historia acotada de una época delimitable entre dos fechas. Por eso, no hay indicación de años en el título del libro.

Como autor de estas páginas —doctor en Historia Contemporánea y también en Teología (especialidad en Historia de la Iglesia)— no pretendo imponer mi punto de vista, pero sí deseo mostrar qué ha sucedido y por qué ha pasado lo que ha pasado y no otra cosa, que no es poco, en la historia reciente del mundo a través de la Iglesia católica. Conviene tener en cuenta que la misión de la Iglesia no es dar

respuesta a cuestiones relacionadas con la política, la economía o la cultura, sino que su finalidad es la salvación de los seres humanos.

El objetivo de este libro es ayudar a pensar a los lectores sobre el papel de la Iglesia en los acontecimientos históricos de los últimos años. Sobre la conveniencia de pensar en el mundo actual, el novelista David Foster Wallace pronunció un discurso de graduación en una universidad norteamericana en 2005. En varios momentos invitó a los asistentes a atreverse a pensar por sí mismos, tanto de lo obvio como de lo profundo: «Lo de aprender a pensar en realidad quiere decir ejercer cierto control sobre *cómo* y *qué* piensa uno» (Wallace 2014: 59). En la misma línea de motivar a la gente a pensar, el historiador Niall Ferguson ha promovido un nuevo centro académico en los Estados Unidos, Universidad de Austin, cuyo lema kantiano es «Átrévete a pensar» (Pérez López 2024: 167).

En un relato breve titulado *El Congreso de Escritores de Pine Oil*, el escritor norteamericano Tim Gautreaux pone en boca de uno de los ponentes en un congreso de escritores la siguiente sentencia: «Hoy en día, la gente busca entretenimiento cuando compra un libro —se quejaba el profesor—. Ya nadie quiere pensar» (Gautreaux 2021: 219).

En la novela *Los amigos de mi vida* (2024), Hisham Matar recrea una historia sensible acerca de la dureza de vivir en el exilio. Cuenta la historia de tres amigos libios que coinciden en Londres antes de la «Primavera Árabe». Dos optan por volver a su país para derrocar al dictador Gadafi, mientras el protagonista sigue su vida normal de profesor de Literatura en un colegio londinense. Al final de la novela, el narrador sentencia: «Pedimos a los escritores lo que pedimos a nuestros amigos más íntimos, que nos ayuden a canalizar e interpretar el mundo» (Matar 2024: 394).

Otro profesor de Literatura aparece en la película memorable *El club de los poetas muertos* (1989), dirigida por Peter Weir. El joven y dinámico docente en un colegio privado norteamericano discrepa de la opinión del director sobre los métodos de enseñanza, y se atreve a decir lo siguiente: «Siempre he creído que una buena

educación debía enseñar a los alumnos a pensar por sí mismos» (Kleinbaum 1995: 107).

En la película *El porvenir* (2016), dirigida por Mia Hansen-Love y protagonizada por Isabelle Huppert, la protagonista es una profesora francesa de Filosofía, casada y con dos hijos y con una madre enferma a la que visita frecuentemente y, además, colabora en una editorial. Esta historia está inspirada en la madre de Hansen-Love, profesora de Filosofía. En un momento duro de la película, la protagonista sufre el abandono de su marido, quien se ha enamorado de una mujer más joven, y soporta el injusto despido de la editorial. A pesar de los reveses de la vida, la alegría llega al convertirse en abuela y al mantener la pasión por la enseñanza. En una conversación con un antiguo alumno reconoce el leitmotiv de su vida: «enseñar a los jóvenes a pensar por sí mismos».

En la película *Hannah Arendt* (2012), dirigida por Margarethe von Trotta, la filósofa judía invita a una fiesta en su casa a sus amigos neoyorquinos. De repente, la anfitriona se retira a pensar, mientras que sus invitados siguen hablando en la habitación de al lado. En la biografía intelectual —escrita por Lyndesy Stonebridge y titulada *Somos libres de cambiar el mundo. Pensar como Hannah Arendt* (2024)—, la autora recoge el testimonio de una de las amigas de Arendt:

Mary McCarthy observó que Hannah Arendt era una de esas personas a las que se podía ver pensando. Se tumbaba en un sofá cama de su apartamento de Riverside Drive, con los ojos cerrados, cigarrillo en la mano y cenicero al lado, a veces durante una hora, mientras los demás se ponían a su alrededor. «¿Dónde está Hannah? Pensando ¿Todavía?» (Stonebridge 2024: 189)

De estas referencias cinematográficas y literarias me quedo con las palabras de Wallace, una invitación a pensar dirigida a un auditorio universitario, porque pensar es algo poco habitual, que pasa desapercibido y casi siempre a contracorriente.

Como se puede ver en la introducción, estas páginas se apoyan en películas y novelas que considero una buena base de sus argumentos. Comparto plenamente la opinión del historiador Jordi Canal:

Una novela puede iluminar más adecuadamente, en ocasiones, un aspecto del pasado que cien documentos (...). Literatura e historia comparten una frontera. La disciplina o el oficio del historiador tiene unas reglas que nos reconocen como tal, entre las cuales la crítica y la cuestión de la verdad resultan centrales. Esta frontera deviene, en muchas ocasiones, altamente permeable (Canal 2024: 14).

Dedico este libro a mis alumnos de la asignatura «La Iglesia en el mundo actual: retos y debates», que imparto en el Core Currículum de la Universidad de Navarra y a mis alumnos del máster «Cristianismo y Cultura Contemporánea». Estas páginas son deudas de la lectura atenta y crítica de Mercedes Alonso, José Miguel Arregui, Jesús C. Díaz y Santiago de Navascués. Gracias.

Becedillas (Ávila), 12 de agosto de 2025,
donde los días son apacibles,
las tardes, agradables, y las noches, fugaces

I.

IGLESIA, POLÍTICA, SOCIEDAD Y CULTURA

Al estudiar la historia de los últimos ciento cincuenta años se podría tener la impresión de que han ocurrido muchos cambios relevantes en poco tiempo. Tras la Primera Guerra Mundial (1914-1918), que sembró el planeta de millones de cadáveres y de miles de personas desequilibradas emocionalmente, la política se desarrolló en un contexto nuevo, caracterizado por la crisis de las democracias y el ascenso de los totalitarismos. En ese marco crítico, el proceso de secularización de la sociedad occidental se agudizó al separarse radicalmente el poder civil del poder religioso. En aquel momento de cambio profundo, una minoría, representada por algunos intelectuales, se dio cuenta de la magnitud crítica de lo que estaba sucediendo en el período de entreguerras.

En pocas palabras, se podría decir que a partir de la Gran Guerra todo cambió drásticamente, tal como escribió el escritor judío Stefan Zweig en su autobiografía, *El mundo de ayer: memorias de un europeo* (1942):

He visto nacer y expandirse ante mis propios ojos las grandes ideologías de masas: el fascismo en Italia, el nacionalsocialismo en

Alemania, y el bolchevismo en Rusia, y sobre todo, la peor de todas las pestes: el nacionalismo, que envenena la flor de nuestra cultura europea (Zweig 2001: 13).

Si Zweig alertó del peligro de las grandes ideologías de masas (fascismo, nazismo, comunismo y nacionalismo), José Ortega y Gasset advirtió de la irrupción de las masas en Occidente y se preocupó sobremanera de la adhesión incondicional del hombre-masa al comunismo y al fascismo. En su famoso ensayo *La rebelión de las masas* (1930), el filósofo español aborreció el intento vano del hombre-masa por imitar el estilo de la burguesía y denunció la autosuficiencia y el gregarismo de este nuevo ser violento. El hombre-masa se caracterizaba por estar satisfecho consigo mismo y por rechazar cualquier guía externo, incluida la moral (Ortega 1976: 101, 104, 115).

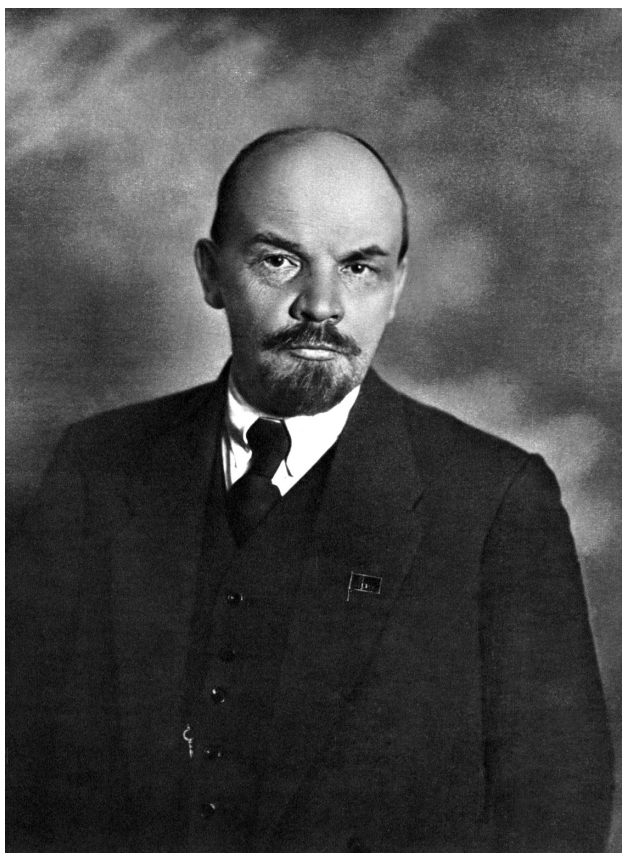
En la misma postura de Ortega, el escritor húngaro Sandor Márai atacó la rebelión de las masas y defendió el estilo de vida burgués y liberal, como escribió en su autobiografía, *Confesiones de un burgués* (1934):

La sociedad en la que vivo es absolutamente insensible a los asuntos del espíritu e, incluso, a los asuntos relativos al estilo humano e intelectual de la vida cotidiana. Los propósitos de mi época, presentes de forma palpable, me llenan de desesperación; aborrezco el gusto de mis contemporáneos, sus deseos y su manera de vestirse, dudo de su moral y considero terrible y fatal el interés de la época por los récords, que satisfacen casi por completo a las masas (Márai 2004: 472).

En ese mundo cambiante conviene preguntarnos qué relación mantuvo la Iglesia católica con el Estado, tanto con las democracias como con las dictaduras, y qué dijeron los papas sobre estos sistemas políticos.

1.1 DE LAS DICTADURAS A LAS DEMOCRACIAS

En 1919, Lenin fundó la Tercera Internacional, que sustituía a la Segunda Internacional de corte socialista. Desde Moscú, la Internacional Comunista o Komintern pretendía promover el comunismo a través de todos los partidos comunistas del mundo con el fin de extender la revolución contra el capitalismo (Gentile 2019: 203, 227; Gerwarth 2017: 291; Ingrao 2017: 522; Maalouf 2024: 89; Sebestyen 2020: 536-541).



Lenin intentó crear un nuevo ser humano, el Homo sovieticus, y fracasó.

Hasta este momento, nadie había conseguido crear un movimiento mundial en el ámbito de la política, con un modelo común de organización y con unos puntos doctrinales compartidos. Salvando las distancias, el único precedente que tenía el Komintern podría ser la Iglesia católica (Tooze 2016: 561-562).

Según Lenin, la vida política se reducía a la lucha de clases entre opresores y oprimidos hasta llegar a la destrucción de la clase explotadora, es decir, hasta la victoria de los pobres sobre los ricos. La técnica revolucionaria leninista consistía en movilizar a las masas, tanto obreros como campesinos descontentos, contra el imperialismo, que era la última etapa del capitalismo. Su objetivo final apuntaba a forjar una sociedad sin clases, tutelada por una élite revolucionaria con la misión de gobernar la dictadura del proletariado, fase de transición entre capitalismo y el comunismo. En otras palabras, convenía una etapa de tránsito entre el imperialismo de los últimos años y la nueva sociedad comunista del futuro. Sus lemas recogían el eco de las reivindicaciones del pueblo ruso, como los mensajes seductores, que pedían paz, tierra y pan (Gentile 2019: 75, 101, 175; Howard 2003: 128-129; Pipes 2016: 417, 428, 431, 440-441; Sebestyen 2020: 38, 287, 340).

En un mitin multitudinario celebrado en Moscú después del triunfo de la Revolución bolchevique, Lenin expuso su proyecto revolucionario:

No ignoramos la dificultad de esta tarea ni la resistencia feroz que opondrá la burguesía, pero creemos que el proletariado acabará triunfando: una vez que haya conjurado la amenaza del imperialismo militar y levantado la estructura de la república socialista sobre las ruinas del sistema que ha destruido, su victoria será inevitable (Burnet 2017: 9).

Lenin configuró un sistema político a su imagen y semejanza, es decir, situó su personalidad carismática por encima del Estado unipartidista. No quería elecciones ni parlamento porque no creía en la democracia. Durante sus primeros días como líder de Rusia, ejerció el poder con tono dictatorial a golpe de decreto. Con el fin de

silenciar las críticas, el «Decreto de Prensa» eliminó los periódicos independientes y estableció un sistema de censura. Para imponer el orden público creó su propia policía, la *Cheka*, que después se llamaría KGB, para la lucha contra la contrarrevolución, la especulación y el sabotaje (Gentile 2019: 177-178; Pipes 2016: 544-546, 565-571; Sebestyen 2020: 409-411, 427-431; Service 2001: 358).

El concepto de individuo leninista se basaba en un ser igualitario, que debía ser moldeado por la ideología comunista. Por ello, eliminó la cultura burguesa y mandó retirar la literatura considerada caduca, particularmente la francesa y la británica. Promovió nuevas costumbres, como la supresión del matrimonio y el fomento del aborto. Un decreto declaró la enseñanza gratuita, laica y universal. Lo que Lenin pretendía era crear un nuevo tipo de ser humano: el *Homo sovieticus* (Alexiéovich 2015: 9; Kapuscinski 2007: 148; O Clery 2020: 99; Service 2001: 362).

En una carta dirigida al escritor Gorki, Lenin reveló su visión materialista de la vida y su rechazo absoluto a todo tipo de religión:

Cualquier idea religiosa, cualquier idea de Dios en absoluto, incluso un flirteo con la divinidad, es de una vileza indescriptible y peligrosa (...). Toda tarea de construcción de Dios constituye el autoengaño de los necios, los filisteos, la ensoñadora humillación que se inflige el burgués vulgar (Sebestyen 2020: 236-237).

A pesar de haber recibido una educación cristiana en su familia y en el colegio, Lenin ordenó la confiscación de todos los bienes de la Iglesia ortodoxa. Uno de sus primeros decretos separó totalmente la Iglesia y el Estado. Como consecuencia de este decreto, el Gobierno prohibió la enseñanza de la religión en los colegios. Meses después cerró todos los lugares de culto: iglesias, monasterios y seminarios. Además, mandó sustituir las fiestas cristianas por otras nuevas, suprimiendo el domingo como día festivo y ridiculizando las costumbres cristianas. Una vez confiscados los bienes eclesiásticos y cerrados los lugares de culto, fomentó al ateísmo. Mientras tanto, cualquier signo de desacato a la nueva autoridad era castigado con el presidio o la muerte: algunos rabinos y miles de sacerdotes fue-

ron condenados a prisión y no pocos fueron asesinados (Abramsky 2016: 73-74; Burleigh 2006: 71-73; Dikötter 2023: 125; Service 2001: 508; Sebestyen 2020: 552-555).

Confidencialmente, Lenin escribió la estrategia a seguir para acabar con los enemigos del comunismo:

Cuanto más representantes del clero reaccionario y de la burguesía reaccionaria consigamos fusilar aquí, mejor. Es precisamente ahora cuando debemos dar una lección a esta gente, para que no se atrevan a pensar siquiera en ofrecer resistencia durante varias décadas (Service 2001: 508).

Lenin profetizó que la revolución proletaria y la consiguiente pérdida del poder por parte de la burguesía traería como consecuencia el fin de todas las guerras: «solo cuando hayamos derrocado, finalmente vencido y erradicado a la burguesía del mundo entero será imposible que haya guerras». Pero no fue así. Lo que desencadenó la revolución fue el terror. Como escribió la poeta Anna Ajmátova, «La revolución no trajo esperanza, sino miedo» (Ruiz-Doménec 2024: 108, 127).

Lenin juzgó que el cine era la manifestación artística más importante, al considerarlo algo más que un mero entretenimiento o un medio de evasión, ya que el cine debía servir para formar al *Homo sovieticus* (Caparrós 2017, 62; Figs 2006, 541).

Pío XI (1922-1939) condenó el comunismo en la encíclica *Divini Redemptoris* (*Del Divino Redentor*, 1937). Lo definió como la negación de los derechos humanos y un cúmulo de errores al no contar con la religión cristiana. Lamentó la propagación de la ideología atea, que amenazaba la vida de la Iglesia en no pocos países, y que pretendía imponer una utopía basada en la igualdad y la justicia, pero sin caridad (AAS 1937: 65-106).

En varios pasajes de la encíclica, Pío XI paragonaba el comunismo con una especie de nuevo Evangelio, que prometía un mensaje de salvación para la humanidad:

El comunismo de hoy, de modo más acentuado que otros movimientos del pasado, esconde en sí mismo una idea de falsa redención. Un seudo ideal de justicia, de igualdad y de fraternidad en el trabajo satura toda su doctrina y toda su actividad con un cierto misticismo falso, que a las masas halagadas por falaces promesas comunica un ímpetu y un entusiasmo contagiosos, especialmente en un tiempo como el nuestro, en el que por la defectuosa distribución de los bienes de este mundo se ha producido una miseria general hasta ahora desconocida (AAS 1937: n. 8).

En la película *Nicolás y Alejandra* (1971), dirigida por Franklin Schaffner y basada en el libro homónimo del historiador Robert K. Massie publicado en 1967, Lenin aparecía en varias escenas, desde la fundación del partido bolchevique hasta su llegada al poder. Al final de la película, el revolucionario viajó en tren de Suiza a Rusia con el visto bueno del Gobierno alemán porque Lenin había prometido sacar a su país de la guerra. El Gobierno alemán le permitió cruzar Alemania sin ninguna dificultad en la primavera de 1917. El film de tres horas de duración refleja las luces y las sombras de la corte del último zar y el ascenso de Lenin. En la ceremonia de los Óscar, la película ganó dos premios, uno a la mejor dirección artística y otro al mejor diseño.

Sobre el viaje de Lenin desde Suiza hasta Rusia, pasando por Alemania en guerra, Stefan Zweig dedicó un capítulo de su libro *Momentos estelares de la humanidad* (1927), titulado «El tren de libre circulación: Lenin 9 de abril de 1917» (Zweig 1968: 229-239).

La fama de Lenin se extendió por todo el mundo. En la novela de María Iordanidu *Como pájaros atolondrados* (1985), un comunista griego bautiza a su hijo con el nombre Lenin. En este libro autobiográfico, lleno de gracia y vida, la protagonista es una joven griega llamada Ana, que vive la Revolución rusa cuando veranea en el Cáucaso. Esta mujer viajera, políglota y aventurera sintió una atracción por el comunismo en su juventud, pero nunca llegó a afiliarse al partido comunista griego. Al inicio del libro describe la situación de Europa en la época de entreguerras:

Todos, vencidos y vencedores, estaban destrozados. Todos confiaban en que, después de la guerra, daría comienzo una nueva vida, pero no comenzó nada nuevo ni se solucionó ninguno de los viejos problemas. Lo único nuevo que aconteció fue algo que nadie esperaba: la Revolución de Octubre en Rusia, esa que estremeció al mundo (Iordanidu 2023: 22).

En la novela *Un caballero en Moscú* (2016), el escritor norteamericano Amor Towles recrea las peripecias de un noble ruso condenado por la justicia soviética a estar confinado en un hotel de Moscú. El conde Rostov aprende a vivir dignamente y a valorar las buenas conversaciones con las personas que residen o trabajan en el hotel Metropol. Un amigo poeta, desengañado del comunismo, le dice:

Demolemos nuestras iglesias, conocidas en el mundo entero por su peculiar belleza, por sus campanarios de colores llamativos y sus asombrosas cúpulas. Derribamos las estatuas de los viejos héroes y retiramos sus nombres de las calles, como si solo hubieran sido producto de nuestra imaginación. A nuestros poetas o los silenciemos o esperemos pacientes que a ellos mismos se silencien (Towles 2018: 323).

Esta fascinante, original y excelente novela en todos los sentidos, que se desarrolla a lo largo de cuatro décadas del siglo XX, se ha convertido en una miniserie de ocho capítulos, *Un caballero en Moscú* (2024). Se trata de una coproducción norteamericana y británica dirigida por Sam Miller y Sarah O Gorman. Una serie notable que no alcanza la plenitud de la sobresaliente novela.

Lenin y Mussolini vivieron en Ginebra a principios del siglo XX cuando los dos militaban en el socialismo revolucionario. En el primer folleto que Mussolini publicó en Suiza citó la famosa frase de Marx, la religión es el opio del pueblo. Con el tiempo, el joven italiano, maestro de escuela y después periodista, abandonó las ideas izquierdistas; y bajo el influjo de Nietzsche, decidió fundar algo nuevo: el fascismo. En 1919, Mussolini creó los «Fascios de Combate», una organización paramilitar integrada por excomba-

tientes y jóvenes descontentos a los que prometía vivir en una nación fuerte y libre. Entre las promesas figuraba dar trabajo a los desempleados y orden público a los que temían huelgas y altercados en las calles, y una política exterior en consonancia con su condición de potencia vencedora de la Gran Guerra. Los italianos habían ganado la Primera Guerra Mundial, pero se consideraban defraudados al no conseguir las ansiadas anexiones territoriales en las negociaciones de paz (Blom 2016: 82; Dikötter 2023: 23-24; Gentile 2019: 39, 204; Judt 2008: 18; Kitchen 1992: 163; Sassoon 2010: 24, 95-96, 158).

En 1921, Mussolini fundó el Partido Nacional Fascista. Esta nueva fuerza política, desligada de los partidos tradicionales de izquierda y de derecha, contaba con un programa innovador en aras de producir un nuevo hombre italiano. El fascismo se definía como un movimiento político radical, anticomunista y antiliberal. El partido fascista logró representación parlamentaria en las elecciones de ese mismo año. Mussolini dio un gran paso hacia la conquista del poder cuando miles de camisetas negras marcharon desde todos los puntos de la península hacia Roma. La famosa «Marcha sobre Roma» de finales de octubre de 1922 no fue propiamente un golpe de Estado, sino una manifestación política multitudinaria. Unos días después, el rey Víctor Manuel III le encargó formar nuevo Gobierno, cuyo primer ministro fue él mismo, Mussolini. En 1924, el partido fascista obtuvo la mayoría parlamentaria en las elecciones. Una vez conseguido el poder, Mussolini prohibió todos los partidos políticos y creó un régimen totalitario, que exigía obediencia ciega al fascismo como si fuera una religión (Blom 2016: 82; Dikötter 2023: 26; Gentile 2019: 230, 307; Hispán 2107: 61-62; Sassoon 2010: 9-16).

Mussolini escribió que el fascismo era una concepción religiosa de la vida, pero no pretendía fundar una nueva religión de Estado. En un discurso —pronunciado en 1926— dijo lo siguiente:

El fascismo no es solo un partido, es un régimen, no es solo un régimen, sino una fe, no es solo una fe, sino una religión, que está conquistando a las masas trabajadoras del pueblo italiano (Burleigh 2006: 86).

Desde el Estado totalitario italiano se construyó un proyecto de sacralización de la sociedad desde la infancia hasta la madurez. El culto al líder se extendió en un país impregnado de religiosidad católica. La fe en la figura providencial de Mussolini se hizo omnipresente, mezcla de la ideología fascista con elementos devocionales propios de la piedad tradicional cristiana. En los libros de texto fascistas de las escuelas se enseñaba a los niños la vida de Mussolini como la de una especie de salvador: «Creo en el Supremo Duce, creador de los camisas negras, y en Jesucristo, Su Único Protector». En las cubiertas de los cuadernos infantiles aparecía su retrato, y en las paredes de los colegios se leía el mensaje: «De Mussolini a los niños de Italia» (Dikötter 2023: 37).

Mussolini firmó con la Santa Sede los Pactos Lateranenses (1929), que tenían tres partes: un concordato, que regulaba la relación entre la Iglesia católica y el Estado italiano, en el que el Gobierno italiano reconocía el catolicismo como la única religión del Estado; un tratado, que aceptaba la soberanía del nuevo Estado, llamado Ciudad del Vaticano; y un acuerdo económico, por el cual el Estado italiano indemnizaba al Vaticano por la pérdida sufrida del patrimonio pontificio durante la unificación italiana (Blom 2016: 353; Burleigh 2006: 99-101; Díaz Burillo, Mauro 2025: 85; Hispán 2107: 68; Kitchen 1992: 176-177; Rémond 1999: 162).

No obstante, las relaciones entre Mussolini y Pío XI se caracterizaron por su inestabilidad, con momentos de acuerdo y también de tensión. A los pocos meses de la firma de los Pactos Lateranenses hubo ciertas diferencias, tal como expuso el autor de la novela *El Gatopardo* en una carta del 17 de mayo de 1929:

Allí está el Duce, amarillo como un limón. Lee, si lo encuentras (*Corriere d'Italia, Osservatore Romano*, del día 16), el violento discurso del papa; especialmente, interesante hacia el final. ¡Ya están otra vez de bronca! (Lampedusa 2017: 148).

Giuseppe Tomasi di Lampedusa se refería a unas palabras de Pío XI dirigidas a los profesores y alumnos de La Salle sobre la misión

educativa de la Iglesia. En concreto, el papa recordó que el Estado no podía ni debía controlar la educación, sino ayudar, cooperar y perfeccionar la acción de la familia en la formación de los hijos (Discorsi 1960: 78).

El entendimiento entre el Estado italiano y la Santa Sede se quebró con ocasión de la orden gubernamental que cerraba todos los círculos católicos y, por consiguiente, obligaba a pertenecer a las organizaciones fascistas. Pío XI se opuso enérgicamente contra estas y otras medidas en la encíclica *Non abbiamo bisogno* (*No tenemos necesidad*, 1931). El papa protestó por la estatolatría pagana que quería formar a la juventud en valores ajenos al cristianismo. El Gobierno italiano reaccionó negativamente ante esta encíclica, pero la diplomacia vaticana consiguió un acuerdo para que las asociaciones católicas se ocuparan únicamente de tareas asistenciales, dejando las actividades deportivas y recreativas en manos del Estado (Andrés-Gallego 2023: 210; Canavero 1991: 178-179; Castronovo-De Felice-Scoppola 2004: 174, 236; Hispán 2017: 71-75; Menozzi 2019: 129).

Mussolini había sido el guía de no pocos líderes europeos, que habían imitado su forma de llegar al poder, su oratoria y sus gestos. Incluso Hitler había admirado durante mucho tiempo al Duce, al que consideraba un maestro. Pero a finales de los años treinta, Mussolini pasó de ser el modelo a un simple imitador. El viaje de Hitler a Italia — durante los primeros días de mayo de 1938— debió dejar una fuerte impronta en Mussolini. El Duce importó las leyes antisemitas de Hitler, que no fueron impuestas por presión alemana, sino por libre decisión de Mussolini. Las conocidas como leyes raciales del régimen fascista significaron un punto de ruptura entre el Duce y buena parte del pueblo italiano. El gobierno central exigió a las provincias la entrega de listas con los judíos residentes en cada lugar. Así y todo, los niños judíos fueron excluidos de los colegios públicos y se prohibió el acceso de los estudiantes judíos a la universidad. Además, los judíos que ocupaban cargos públicos fueron expulsados. La política racial se practicó en todos los centros de enseñanza e instituciones culturales, de donde fueron expulsados los docentes y los alumnos de origen hebreo. Ante estas medidas

gubernamentales, Pío XI condenó las leyes contra el pueblo judío (Belardelli 2005: 65; Castronovo-De Felice-Scoppola 2004: 231-249; De Felice 1995: 156; Hispán 2017: 77, 133; Pflug 2024: 59).

Carlo Levi, escritor, pintor y médico italiano, fue castigado en 1935 a vivir en un pueblecito apartado del sur de Italia por su desafección al régimen de Mussolini. Era amigo de los hermanos de la escritora palermitana Natalia Ginzburg, todos antifascistas. La lucha contra el fascismo la recrea en la novela autobiográfica *Cristo se detuvo en Éboli* (1945). Poco a poco, Levi se gana a la gente y cambia la mentalidad de muchos de ellos. Además de escribir cartas y pintar cuadros ejerce de médico rural con éxito, en un lugar donde se ha detenido el tiempo hace muchos siglos, e incluso el cristianismo al que alude el título parece que apenas hubiera influido en la gente. Como consecuencia de la conquista de Etiopía en 1936, Mussolini le concede la amnistía (Levi 2005: 308). Francesco Rosi adapta la novela en *Cristo se paró en Éboli* (1979), una película —tan bella como triste— a la altura del libro. Al principio del film, una voz en *off* introduce al espectador en Éboli, «un lugar donde no hay pecado ni redención, un lugar donde Cristo no se paró».

En Alemania, Hitler había subido democráticamente al poder en 1933. El nuevo canciller encargó a varios constitucionalistas un estudio sobre la situación de emergencia y la posible disolución del parlamento, la supresión de los partidos políticos y, en definitiva, la configuración de un Estado totalitario. Entre las primeras medidas aprobó la ley de boicot a las empresas judías y la ley de prohibición de los judíos a trabajar en fábricas (Blom 2016: 434; Dikötter 2023: 85; Haffner 2001: 149; Ullrich 2025: 321; Wittstock 2025: 42-45, 213-214).

Durante el pontificado de Pío XI, la diplomacia vaticana intentó mantener buenas relaciones con el nuevo Estado alemán. De hecho, se firmó un concordato en 1933, que fue violado repetidamente por Alemania desde la primera semana de la firma: la Santa Sede emitió más de medio centenar de condenas por incumplimiento del concordato en los primeros años de vigencia. El objetivo nacionalsocialista era modelar una religión sincrética, hecha a la medida del

superhombre de raza aria y fundada en una reinterpretación de los mitos nórdicos y en ideas de otras creencias. Unos meses más tarde de la firma del concordato, la Santa Sede condenó el libro *El mito del siglo XX* de Alfred Rosenberg, que acababa de ser nombrado por Hitler responsable ideológico del partido (Childers 2019: 167, 411-413; Hispán 2017: 106-107; Redondo 1979: 192-193).



Hitler se presentó como el salvador del pueblo alemán y lo llevó a la derrota. [Arquivo Nacional]

En el verano de 1933, el ministro de Cultura nombró obispo del Reich a un sacerdote nazi, y suprimió toda la administración eclesiástica cristiana:

Se festejó la victoria del nuevo cristianismo alemán, con Adolf Hitler como redentor, banderas, el himno de Horst-Wessel y *Heil*. [...] Los nazis capitanearon todo un ejército de cristianos de boquilla hacia las urnas y, al día siguiente, los periódicos dieron la noticia de su victoria. ¡Triunfo electoral arrollador de los Cristianos Alemanes! Al atardecer, cuando recorrí la ciudad, en las torres de todas las iglesias ondeaban banderas con la cruz gamada (Haffner 2001: 247).

En varios libros propagandísticos de fotografías se presentaba a Hitler como el salvador del pueblo alemán, una especie de redentor. Las fotos iban acompañadas de textos pseudo religiosos: «Un hombre se alzó entre el pueblo y predicó el Evangelio del amor por la Patria» (Dikötter 2023: 78).

Pocos alemanes se enfrentaron al nazismo. Entre los más osados estaba monseñor Galen, obispo de Münster, quien denunció en los sermones dominicales el cierre de monasterios y el programa de eutanasia decretado por el Gobierno alemán (Kershaw 2000: 421).

La Rosa Blanca fue un grupo de resistencia antinazi, formado por universitarios de Múnich, dedicados a elaborar y repartir cientos de hojas contra el nacionalsocialismo. Los cabecillas se llamaban Hans Scholl, estudiante de Medicina, y su hermana Sophie Scholl, estudiante de Filosofía y Biología. Junto con otros estudiantes de Medicina y un profesor de Filosofía realizaron pintadas por las calles, como «Viva la libertad» y «Abajo Hitler», y enviaron folletos por correo postal. Cada panfleto terminaba pidiendo a los lectores que reprodujeran y difundieran esas hojas. Varios miembros de La Rosa Blanca fueron juzgados y condenados a muerte (Ayllón 2016: 71, 86, 91, 107, 137-138; Childers 2019: 413, 664-666; Englund 2023: 141-143; García Pelegrín 2010: 39-43; Kershaw 2000: 542; San Miguel 2015: 75-76, 99-102).

Como Sophie Scholl, la estadounidense Mildred Harnack murió en la guillotina por enfrentarse al nazismo. Había estado casada con

un alemán, ajusticiado en la horca unos meses antes. Desde 1932, ella y su marido celebraban en su casa de Berlín reuniones clandestinas para buscar maneras de combatir el nazismo. Entre otras acciones enviaban información valiosa a través de la embajada norteamericana en Berlín. Su cuñado, Falk Harnack, perteneció a La Rosa Blanca y fue uno de los pocos supervivientes de la resistencia antinazi (Donner 2023: 459, 537).

El escritor italiano Claudio Magris dedicó a La Rosa Blanca unas páginas tituladas «Con las manos desnudas contra el Tercer Reich» en el ensayo *El Danubio* (1986). Brevemente, en un párrafo, rindió homenaje a la valentía de Sophie Scholl:

Eran jóvenes, no querían morir y les disgustaba alejarse del encanto de los días hermosos, como dijo tranquila Sophie el día de la ejecución, pero sabían que la vida no es el valor supremo y que resulta agradable y placentera cuando se pone al servicio de algo que es más que ella y la ilumina y calienta como un sol. Por eso marcharon serenos al encuentro con la muerte, sin miedo, sabiendo perfectamente que, en palabras de san Juan, el príncipe de este mundo es juzgado (Magris 1988, 65).

El director de cine alemán Michael Verhoeven rueda *La Rosa Blanca* (1982) sobre la formación del grupo y sus actuaciones hasta el momento del arresto y del juicio. Las mejores escenas reflejan la elaboración y distribución de los panfletos por varias ciudades. En un momento de la película, Sophie Scholl declaró: «Después de todo, alguien tenía que empezar. Lo que nosotros dijimos y escribimos lo piensa mucha gente, solo que no se atreve a decirlo en voz alta» (Scholl 2005, 11-12). Si la película de Verhoeven termina con el último reparto de folletos en la Universidad de Múnich y el juicio contra tres miembros de La Rosa Blanca, otro director de cine alemán, Marc Rothemund, se ocupa minuciosamente de la detención, juicio y ejecución, en *Sophie Scholl. Los últimos días* (2005).

Pío XI condenó el nazismo en la encíclica *Mit brennender Sorge* (*Con viva ansia*, 1937). El papa subrayaba el paganismo de la ideología nacionalsocialista con pretensiones de sustituir la religión católica por un nuevo credo nacional basado en la supremacía de la raza

aria y de los mitos germanos. El nazismo era un sistema de creencias, una fe en el advenimiento de un reino esperanzador y victorioso, que tomaba forma en el Tercer Reich (Burleigh 2006: 216-217; Hispán 2017: 100-101, 116; Ingrao 2017: 13, 126-127, 524; Mosse 1997: 168).

Si Pío XI había condenado el fascismo, el nazismo y el comunismo, su sucesor, Pío XII (1939-1958), no se detuvo en la reprobación de estas ideologías anticristianas, sino que ofreció ideas de cara a la construcción de un nuevo orden político y social, basado en principios cristianos conectados con el pensamiento de León XIII (1878-1903). Con motivo del quinto aniversario del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, el 1 de septiembre de 1944, Pío XII emitió un radiomensaje titulado «Por la civilización cristiana». El papa rechazó las ideologías paganas, recomendó construir el futuro sobre los principios de la civilización cristiana y rompió una lanza por la creación de una nueva organización internacional garantizadora de la paz y de la justicia en el mundo (Andrés-Gallego 2023: 239; Chenaux 2004: 243; 284-285; Hispán 2017: 565-566; Tornielli 2007: 444).

En otro radiomensaje, el 24 de diciembre de 1944, Pío XII habló sobre «El problema de la democracia». El papa reflexionó acerca de un nuevo tipo de democracia auténtica y sana, basada en el respeto a la dignidad humana, en la primacía de la sociedad frente al Estado, en la búsqueda de la justicia y del bien común:

Una sana democracia, fundada sobre los inmutables principios de la ley natural y de las verdades reveladas, será resueltamente contraria a aquella corrupción que atribuye a la legislación del Estado un poder sin freno ni límites y que hace también del régimen democrático, no obstante, las contrarias pero vanas apariencias, un verdadero y simple sistema de absolutismo (Redondo 1999: 717).

Por consiguiente, la democracia cristiana se alejaba de las democracias de los regímenes liberales. En este mensaje, que no trataba de definir un único régimen político para los católicos, sino un

nuevo orden político y social, fundado en la dignidad de la persona, la ley natural, los derechos fundamentales y la propiedad privada. En definitiva, Pío XII exhortó a los políticos católicos a crear nuevas instituciones basadas en estos ideales (Chenau 2004: 243; 284-285; Hispán 2017: 580-583; Menozzi 2019: 147; Tornielli 2007: 444).

Cuando Pío XII pronunció el mensaje navideño de 1944, en la Europa en guerra solamente había cuatro países democráticos: Gran Bretaña, Irlanda, Suiza y Suecia. La propuesta del papa era claramente una apuesta de futuro, que finalmente tuvo éxito en la posguerra gracias a la fuerza de los partidos demócratacristianos en Alemania, Italia y Francia.

Así las cosas, durante la Segunda Guerra Mundial, Pío XII optó por una postura silenciosa ante el exterminio hebreo, un silencio debido al temor al recrudecimiento por parte de las represalias de los nazis, como había pasado en los Países Bajos. Este silencio ha sido malinterpretado por algunos historiadores al considerar que el papa se preocupó más por no enemistarse con Hitler que por salvar vidas humanas judías. Mientras tanto, desde la Secretaría de Estado del Vaticano se protegió a miles de judíos a través de acciones diplomáticas en Eslovaquia, Croacia, Rumanía y Hungría. A título de ejemplo, monseñor Hugh O Flaherty escondió a más de cinco mil personas en conventos y apartamentos del Vaticano, especialmente judíos. Durante la ocupación nazi de Roma intentaron asesinarle en varias ocasiones (Blet 2004: 255-257; Díaz Burillo-Mauro 2025: 100; Kertzer 2024: 555-556; Riccardi 2008: 91-92; Vian 2024: 103-105).

Sobre la acción humanitaria de O Flaherty trata la película *Escarlata y Negro* (1983), dirigida por Jerry London. El guion sigue fielmente el libro del periodista J. P. Gallagher *Púrpura y Negro. La «Pimpinela Escarlata» del Vaticano* (1967). Entre otras cosas se cuenta cómo la Santa Sede ayudó en la recaudación de una suma elevada por parte del gran rabino de Roma, Israel Zolli, ante una petición de las autoridades alemanas para evitar la deportación. El pago no satisfizo a los nazis y comenzó la deportación. Por el ejemplo de O Flaherty, el rabino y el jefe de la Gestapo de Roma, Herbert Kappler, se convirtieron al catolicismo. Este monseñor irlandés

fue condecorado por los gobiernos italiano, norteamericano, británico, canadiense y australiano (Blet 2004, 303; Gallagher 1985, 70; Hispán 2017, 513, 539; Tornielli 2009, 139).

La escritora italiana Natalia Ginzburg estaba casada con un judío, que participaba en la resistencia contra el fascismo. Su marido fue detenido, torturado y murió en prisión. Ella y sus dos hijos se escondieron en un convento de la vía Nomentana. Después de la liberación comenzó a trabajar como editora y traductora en la editorial Einaudi (Pflug 2024: 199-200).

Una de las mejores novelas sobre la persecución judía es *La familia Karnowsky* (1943) de Israel Yehoshua Singer. Este libro autobiográfico, de prosa brillante y cargado de humanidad, retrata fielmente el destino trágico de tres generaciones de una familia centroeuropea judía, desde la tranquilidad de Polonia, pasando por la alterada Alemania, hasta la huida al refugio de los Estados Unidos. Cuando los nazis toman el poder, Singer describe la inquietud de algunos:

Multitudes enardecidas iban y venían sin meta alguna. [...] Los hombres de las botas altas voceaban hasta desgañitarse la cancioncilla *Cuando de los cuchillos gotea sangre judía, de nuevo todo va bien, tan bien*, como si quisieran asegurarse de que las palabras, rompiendo y penetrando las paredes de los edificios, serían oídas (Singer 2015: 279).

En una novela alemana reciente, *Morir en primavera* (2015) de Ralf Rothmann, uno de los personajes declara que «lo de los judíos estuvo muy mal»:

Fue un error, una estupidez, chicos, yo lo dije desde el principio. Hitler no los tendría que haber metido en los campos, y menos aún asesinado. —Sacó el labio inferior húmedo, exhaló una nube de humo y movió el pulgar como si fuera un péndulo—. ¡Una familia judía en cada buhardilla, en cada fábrica, en cada puente, o un político o un espía, y ya os digo yo que no habría caído ni una sola bomba sobre nuestras ciudades! (Rothmann 2016: 212).

Los protagonistas de esta novela son dos adolescentes que trabajaban en una vaquería hasta su movilización por parte del ejército alemán cuando la Segunda Guerra Mundial está terminando. En el frente húngaro experimentan los horrores y la crueldad del conflicto y asisten al caos de la desbandada. Uno de estos jóvenes se encuentra con una chica, que le da buenos consejos:

Ya me podría haber quedado en casa, seré burra. Mira que mi abuelo me lo dijo siempre: nunca te presentes voluntaria a nada. En el cine y en la guerra, los mejores asientos son los de la última fila; delante todo se ve borroso. Pero yo quería ver mundo... (Rothmann 2016: 212).

1.2 EL PROCESO DE SECULARIZACIÓN EN OCCIDENTE

El término secularización hace referencia al tránsito de algo sagrado o religioso (persona o cosa) al ámbito civil o secular. Según un jurista alemán, la secularización consiste en la liberación de un territorio o una institución del dominio eclesiástico (Böckenförde 2024: 25).

A lo largo de la Edad Moderna, en un número creciente de países europeos, se aprobaron medidas secularizadoras, impulsadas por el Estado con el fin de reducir el papel de la religión en la sociedad. El Edicto de Nantes (1598) significó la primera y sustancial separación entre la Iglesia y el Estado al permitir dos religiones —la católica y la protestante— en Francia. Este edicto otorgó libertad de conciencia a los calvinistas franceses, concediéndoles un estatuto de minoría respetada (Böckenförde 2024: 36; Burleigh 2005: 378, 398; Domingo 2025: 73; Perreau-Saussine 2025: 62-63; Tuchman 1966: 353).

A partir de la Paz de Westfalia (1648), que puso fin a las guerras de religión, la autoridad civil acaparó competencias que hasta entonces habían pertenecido a la autoridad eclesiástica. Después de

las revoluciones de los siglos XVIII y XIX, se habló de la secularización cuando se intentaba separar lo civil de lo religioso, ya fuera de manera violenta, por ejemplo la Revolución francesa, o de manera incruenta, como la Revolución norteamericana (Koselleck 2003: 42-43, 58-59; Valverde 1996: 133).

A partir de 1919, la mayor parte de los Estados occidentales aceleraron el proceso de secularización en detrimento de la religión, y no impusieron ningún credo religioso por ley a sus ciudadanos (Kennedy 1989: 459; Rémond 1999: 155).

En los años veinte, para unos felices, para otros locos, cobraron fuerza nuevos modelos políticos-religiosos que prometían el paraíso en la tierra, como una especie de nuevas religiones. El comunismo ruso, el fascismo italiano y el nazismo alemán se presentaron no solamente como ideologías políticas, sino más bien como sustitutos de la religión cristiana. Para estas respuestas culturales a la crisis, la política debía reemplazar a la religión como recurso que imprimiera un nuevo sentido a la vida individual y a la sociedad.

Raymond Aron creó el concepto de religiones seculares. Según este politólogo judío y francés, las ideologías totalitarias se forjaban como nuevos credos, que sacralizaban la vida política con sus propios rituales, símbolos y valores. La religión política intentaba suplantar a la religión cristiana por una ideología o religión intramundana, que sustituía a Dios por ideas. Así pues, el comunismo y el nazismo pretendían revelar los secretos de la historia desde dentro de la historia, sin ningún tipo de misterios ni dogmas (Burleigh 2005: 18-25; De la Cueva 2017: 388; Elía 2022: 175-183).

El pensador judío y alemán Eric Voegelin tuvo que emigrar a Estados Unidos por criticar duramente los postulados racistas del nazismo. En el prólogo de su ensayo *Las religiones políticas* (1938) expuso de manera fría y objetiva la causa profunda del auge del nazismo gracias a la secularización de la sociedad:

La secularización de la vida que ha traído consigo esa idea de humanidad es precisamente el caldo de cultivo en que han podido

medrar movimientos religiosos anticristianos como el nacionalsocialismo (Voegelin 2014: 24).

El historiador ruso de raza judía Waldemar Gurian criticó el nazismo y el comunismo como nuevos credos religiosos —religiones políticas— que promovían una nueva creencia sustituta de la fe cristiana. Se convirtió al catolicismo en Alemania, y trabajó al servicio de universidades norteamericanas (Burleigh 2006: 152-153; Holland 2020: 471-472).

Un miembro de la Academia de Ciencias de Rusia, llamado Krachlovski, describió lúcidamente la creación de un culto en torno a Lenin:

El comunismo se estaba convirtiendo en la religión nacional de Rusia, lo mismo que el fascismo se está convirtiendo en la religión nacional de Alemania y de Italia y el kemalismo en la religión nacional de Turquía. En todos estos movimientos es característico el odio a las religiones preexistentes (ortodoxia, catolicismo, luteranismo, islam), por una parte, y el culto al *vozhd* [caudillo], por otra (Burleigh 2006: 102).

Un escritor alemán, Franz Hessel, comparó una concentración de jóvenes comunistas en un parque de Berlín con una misa:

Un orador se situaba en los escalones que había frente a la catedral. Su enardecido discurso adquiría un tono inconscientemente religioso: los contundentes eslóganes relativos a acabar con la opresión y pedir justicia para los pobres eran coreados por la multitud, como se hace en misa. Sus himnos se parecían a los cánticos religiosos (McKay 2023: 90).

Como ya hemos visto, el sistema democrático entró en crisis en diversos países ante el avance del fascismo y del comunismo. En segundo lugar, la sociedad se transformó totalmente por un cambio económico, patente en la industrialización y la urbanización. En tercer lugar, se aceleró la movilización de las masas, con la mejora de